

La máquina infernal

© Aldo Stukamaro

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723 / Exp. No. 5044419

Dentro del puente de mando todo se veía con una placidez irreal. Las columnas de humo se levantaban sobre la ciudad, pero el ruido de las explosiones no atravesaba los gruesos cristales diseñados para resistir la metralla.

El segundo al mando, el capitán de navío Isidro Fontenla, miró a estribor. Allí estaba el Canarias, crucero gemelo del barco en el que servía y, un poco más lejos, el Cervera, otro crucero más antiguo. A su lado, el comandante esperaba la orden para atacar con la mano sobre el teléfono. Cada tanto levantaba el auricular y le preguntaba al oficial de comunicaciones si la radio aún funcionaba.

El plano de Málaga estaba desplegado sobre la mesa de operaciones con los objetivos marcados dentro de círculos rojos. Isidro sabía que dar en ellos era una lotería. Los cañones del Baleares tenían alcance de sobra, pero no había visibilidad suficiente para ajustar la puntería, y a cada disparo derribarían media docena de casas.

Después de horas de incertidumbre el teléfono sonó. El comandante levantó el auricular de inmediato y una voz se oyó con claridad en todo el puente de mando: «Las fuerzas nacionales controlan la situación. No es necesario el apoyo de la artillería desde el mar».

Isidro suspiró. Podrían dejar de apuntar los cañones a la ciudad para ir en pos de objetivos más loables. Sin embargo, el comandante no parecía conforme. Golpeó el auricular con fuerza al volver a dejarlo en su sitio.

—Los italianos han entrado con sus tanquetas y se han llevado todo el mérito — dijo—. ¿Y dónde están los nuestros?

—Por suerte ha sido rápido —dijo Isidro—. Las batallas urbanas pueden hacerse eternas.

—¿Y qué esperaba, Fontenla? Esos milicianos no son tropas, son campesinos disfrazados.

Isidro intentó encontrar el comentario adecuado, pero no le fue posible. Desde que el barco había partido de Ferrol, hacía mes y medio, el comandante estaba irascible, lo que hasta un punto era natural: la guerra no dejaba que ningún corazón latiera a su ritmo normal, pero, aun así, el deterioro en la actitud de su superior le preocupaba.

Esa noche, mientras releía en su camarote la crónica que su tío había escrito sobre la guerra de Marruecos, llegó una orden: «Cortar la retirada de las tropas rojas que huían por la carretera de la costa».

Isidro se preguntó por qué nadie podía ejecutar esa tarea desde tierra. Los barcos estaban pensados para luchar contra otros barcos y, en todo caso, podían batir objetivos fijos con su artillería, ¿pero cortar la retirada de un ejército? Era ridículo.

Un minuto y medio después, se presentó en el puente de mando. Parecía que el humor del comandante había cambiado. Estaba dando órdenes al timonel y a la sala de máquinas.

El barco comenzó a trazar un giro cerrado a estribor, lo que provocó una escora que obligó a los oficiales a sostenerse de donde pudieran. A pesar de que era noche cerrada, Isidro se imaginó la línea del horizonte, engañando al cuerpo para evitar que se inclinara de forma inútil. Sin sostenerse de ningún sitio, acompañó el giro de la nave, sintiéndola bajo sus pies. Poco después navegaban a treinta nudos surcando el Mediterráneo cual delfín gigantesco, sin el más mínimo cabeceo, tal era la estabilidad del crucero.

Como era de esperarse, en todos los pueblos habían apagado las luces. Incluso el faro, que se suponía debía estar en Torre del Mar, brillaba por su ausencia. Solo los

binoculares revelaban pequeños resplandores en movimiento, faros de coches o linternas.

Cuando al fin despuntó el alba, Isidro observó el movimiento en la carretera, pero por más que buscó no encontró rastros de un ejército. Todos eran civiles, una multitud que se desplegaba a lo largo de decenas de kilómetros.

Miró al comandante.

—Allí no hay soldados —le dijo.

—No seamos ingenuos. Están allí, escondidos entre las viejas y los niños.

El comandante señaló un promontorio en donde la carretera quedaba encajonada entre la montaña y el mar.

—¿Lo ve? —preguntó.

—Sí, comandante.

—Entonces ya sabe lo que tiene que hacer.

Isidro levantó el auricular que lo comunicaba con los oficiales de armas.

—Torreta número uno —dijo—. Dispare noventa grados a babor. Distancia seiscientos metros.

La torreta número uno giró tal como se le había indicado. Luego, los cañones se levantaron unos pocos grados. El Baleares se estremeció y de sus cañones brotó fuego y humo.

Isidro no se inmutó, continuó con el auricular en el oído y los binoculares fijos en la posición en donde debía dar el disparo. Dos surtidores de agua surgieron a muy poca distancia de la playa. Se había quedado corto por poco.

—Torreta número uno. Corrección más dos grados. Dispare.

Esta vez el tiro dio justo en la carretera.

—¡Perfecto! —gritó el comandante. Y desde el mando de la operación también estuvieron conformes. Lo demostraron ordenándole al Baleares que repitiera la operación en distintos puntos de la costa.

Así transcurrió la tarde. Usando los cañones del crucero para bombardear la carretera en los puntos montañosos mientras la aviación italiana se entretenía ametrallando los tramos llanos, en donde los que huían a pie tenían menos lugares para esconderse.

Isidro continuó buscando algún vestigio del ejército rojo, pero no lo encontró. Supuso que los militares, más acostumbrado a marchar que los civiles, ya se encontrarían más allá de su posición y así se lo hizo saber al comandante.

—No se preocupe, capitán —fue la respuesta—. Los alcanzaremos y no dejaremos a ninguno vivo.

Al día siguiente, 9 de febrero de 1937, se les ordenó alejarse de la costa. Según la voz del general sevillano que les llegó por la onda corta: «para que las ratas comunistas no los vieran y salieran de sus madrigueras».

Esa noche, el objetivo fue la zona entre Almuñécar y Salobreña, en donde la aviación italiana había divisado milicianos escondidos bajo los árboles antes de la puesta del sol.

Isidro solicitó un disparo en simultáneo con granadas iluminantes para corregir la puntería. De los cañones del Baleares partieron raudas bengalas rojas que mostraron el mar y luego la costa. A continuación, los proyectiles explosivos impactaron en la montaña. En un primer momento pareció que no habían causado un gran daño, pero, antes de que la luz de las bengalas se extinguiera por completo, un aluvión de rocas se desplomó sobre la carretera.

—Esto lo pagaremos. Estamos usando esta máquina infernal contra civiles — Isidro hizo el comentario en voz baja, para sí mismo, pero el comandante estaba cerca.

—No sea blando, Fontenla, que lo oyen nuestros hombres, y no sea blasfemo, que este es el barco que Dios nos dio y yo armé.

Era cierto, él lo había armado. Había conseguido que los británicos enviaran todos y cada uno de esos cañones, pero, ¿Dios? Isidro estuvo seguro de que en ese momento era mejor no nombrarlo.

Una de las pocas cosas que aún disfrutaba era salir a la cubierta y caminar hasta la proa, pero desde que el Baleares estaba bajo su mando, le parecía que esa distancia era cada vez más larga. Sabía que la causa de esa percepción anómala era el peso de la responsabilidad, pero no podía evitarla.

Miró al horizonte. La sensación de irrealidad que tenía al comienzo de la guerra desde el puente de mando ahora lo perseguía a todas partes. Todo estaba saliendo bien, demasiado bien, tanto que la consciencia del peligro había desaparecido en oficiales y marineros. Parecían haber olvidado que, hacía solo seis meses, habían padecido un peligroso incendio en el pañol de munición que podría haberlos hecho volar por los aires. El hecho en cuestión había ocurrido en ocasión de un enfrentamiento con los cruceros republicanos, en dónde, al parecer de Isidro, se había actuado de forma temeraria. Sin embargo, esa acción le había valido el ascenso al anterior comandante, que había pasado a ser contralmirante y jefe de operaciones de los cruceros.

Excesivo riesgo, demasiadas hurras y canciones a montones, como las que oía llegar en ese instante desde el muelle del puerto de Palma de Mallorca, y poca realidad.

Por la pasarela que conectaba el buque con el muelle, un teniente guiaba a un grupo de flechas navales, niños de trece o catorce años, que hacían su bautismo en el mar. Estaban embarcando como si fueran tiempos de paz. No le correspondía intervenir, pero aceleró el paso para interceptarlos.

—¡Teniente!

—Sí, comandante.

—Devuelva estos niños al muelle y asegúrese de que no vuelvan a embarcar.

El teniente se dio vuelta y les anunció a los flechas que tenían que volver a tierra. Isidro esperó ver caras de desazón en los niños, sin embargo, le pareció ver en ellos algunas expresiones de alivio. Al final, iba a resultar que los más inexpertos entendían mejor la situación que sus mayores.

Al entrar al puente de mando, encontró al contralmirante con el teléfono en la mano. ¿Qué hacía allí?

La respuesta le llegó sin haberla solicitado.

—Dirigiré la operación desde este barco. El capitán del Canarias está un poco cansado de mí y yo de él, así que decidí que era hora de darnos un descanso mutuo. ¿Sabe una cosa, comandante?

Ante la evidente pregunta retórica Isidro guardó silencio.

—No sé por qué, si estos barcos son gallegos como nosotros, yo me siento cada vez más extranjero en ellos.

Isidro intentó poner cara de piedra, pero sospechó no estar lográndolo por completo.

—Espero ser bienvenido —dijo el contralmirante y, cuando caminaba hacia la puerta, puso una mano en el hombro de Isidro, se acercó a su oído y le habló en voz baja:

—Encontré a los flechas vagando por el muelle y los invité a subir de nuevo a nuestra nave. Alguien los había hecho bajar, pero los niños tienen que aprender, Fontenla. ¿No lo cree usted?

Poco antes de que cayera la noche, reiteró la orden de verificar que todas las luces externas estuvieran apagadas. Era la misma orden que venía repitiendo desde hacía quince meses, pero no podía permitirse el lujo de pasarla por alto. Había oído que lo llamaban *el meticoloso*, pero la guerra la ganaba el que cometía menos errores y, muchas veces, esos errores que hacían la diferencia eran los más nimios.

Más tarde subió al puesto de observación a hablar con los oficiales allí destacados. Ellos le señalaron la silueta de los mercantes italianos a quienes custodiaban. No le gustó descubrir que se apreciaba un cierto resplandor por los ojos de buey en la popa. Esa era otra prueba más de la inconsciencia ante el peligro. De todas formas, no creyó que fuera posible ver esas luces desde un avión, y la flota republicana llevaba mucho tiempo inactiva, sin atreverse a salir de su base en Cartagena.

—¡Navío! —gritó uno de los oficiales.

—¿Dónde? —preguntó Isidro.

—Veinte grados a estribor.

Al apuntar sus binoculares, lo vio de inmediato.

Era una sombra, tenue, pero definida. Entonces relajó la vista, tal como le había enseñado su abuela cuando era niño y la sombra se convirtió en tres perfiles bien marcados. Eran tres destructores y, si no se habían identificado, eran enemigos.

Bajó la escalera dejándose deslizar por los pasamanos y tocó el pulsador rojo que llamaba a puestos de combate. Una alarma intermitente empezó a sonar en todo el barco.

Estaba comunicando la noticia al resto de las naves, cuando el contralmirante entró como una tromba en el puente de mando.

—¿Dónde están? —gritó.

—En este momento deben estar a punto de cruzarse con nosotros —dijo Isidro.

—¿Y qué estamos esperando? ¡Hagamos fuego! —aunque no era su función sino la del segundo al mando, el contralmirante ordenó a las torretas dos y cuatro, apuntar a estribor a ciento diez grados y dos mil metros.

Para cuando la torreta número dos informó estar lista, ya había llegado un informe del puesto de observación, que decía que las naves enemigas se alejaban y se perdían de vista. La posibilidad de dispararles había pasado.

El contralmirante volvió a repetir su vicio favorito: golpear el auricular del teléfono.

—¡Tenemos que ser más rápidos, señores! —gritó— ¡Así no se gana una guerra!

Hablaba en plural y miraba al cabo que estaba junto a la puerta, pero Isidro tuvo claro que ese comentario iba dirigido a él.

Pasada media hora, desde el puesto de observación llegó una nueva alerta: La flota roja estaba de nuevo frente a ellos. El contralmirante ordenó que avisaran a los otros dos cruceros por medio del sistema *Scott*, para que estuvieran prestos a disparar cañones. A Isidro le pareció que ese método de comunicación no era el más idóneo para la situación en que se encontraban.

—Contralmirante —dijo—, la flota enemiga está casi frente a nosotros. La respuesta luminosa que nos envíen desde el Canarias y el Cervera puede ser vista por nuestros oponentes.

—No se preocupe, Fontenla, que nos verán tarde o temprano. Aquí lo que importa es quién dispara primero —el contralmirante se giró hacia el segundo al mando—. Ruiz, dispare granadas iluminantes. Quiero ver donde están esos cobardes.

—¿Está seguro, contralmirante? —insistió Isidro—. Ese procedimiento no está indicado contra objetivos en movimiento.

—Claro que no está indicado. Y por eso lo haremos, porque no se lo esperan. Cuando les encendamos la luz quedaran obnubilados como conejos. ¡Ruiz! ¡Lance esas granadas de una vez!

Ruiz levantó el auricular y ordenó el lanzamiento. Tuvo que repetir la orden tres veces, porque el oficial de artillería parecía no entender una orden que era ciertamente contraria a lo que significaba circular a un par de decenas de millas náuticas de la principal base de operaciones de la escuadra enemiga.

Los proyectiles luminosos surcaron el cielo, pero, esta vez, Isidro no siguió su trayectoria con la mirada. Sus ojos se quedaron en la proa de su buque, que durante

tres segundos quedó iluminada casi como si fuera de día. Se preguntó quién sería el conejo obnubilado en ese momento.

Las naves enemigas se iluminaron, pero por los disparos de sus propios cañones. Y el puente de mando del Baleares se convirtió en un pandemónium de gritos y maldiciones. Los cañones tronaban, y la máquina infernal cumplía la función para la que había sido creada.

Pero todo eso solo duró un minuto. Y entonces el mundo explotó.

«Nos dieron», llegó a pensar Isidro.

Cuando despertó, el puente de mando era el infierno. Estaba sentado con la espalda apoyada contra un tabique. Veía sus piernas, pero no las sentía, era como si ya no fueran suyas. Uno de sus brazos se había convertido en un estallido de dolor negro y el otro estaba atrapado entre hierros retorcidos. A su alrededor, todos estaban tumbados y ninguno se movía. Reconoció el cuerpo del contralmirante, calcinado. Y entonces recordó a los flechas. ¿Habrían sobrevivido? Desde donde estaba, encerrado en un puente de mando derretido, no podía saberlo. Lo único que sabía era que el barco aún estaba a flote, por lo que era posible que el torpedo no los hubiera matado a todos. Porque eso había sido, sí, un torpedo. Lo sabía porque el barco se había levantado en el aire. Los cañonazos no provocaban eso, lo sacudían de lado a lado, pero no lo levantaban. ¿Proyectiles iluminantes? ¡Vaya idea! Había funcionado para cazar a los inocentes de la carretera de Málaga y aquí también había funcionado: ¡Para indicarle al enemigo hacia dónde tenía que disparar! No tendría que haberlo permitido, pero ya estaba hecho y de nada valía lamentarse.

Cuando las lenguas del incendio estaban a punto de engullirlo se oyó un siseo, el crepitar del fuego se extinguió y el aire se llenó de vapor hasta que todo se tornó blanco.

Entonces la luz del sol entró por los cristales del puente de mando y pudo ver que nada estaba dañado. Solo había sido un mal sueño.

Isidro se puso de pie. Sus piernas ahora funcionaban. Y caminó con paso firme hacia las ventanas. Lo que vio a través de ellas lo dejó extasiado. Había regresado a casa. El barco estaba en el medio de la Ría del Eume, frente a la pequeña playa a la que lo llevaba su abuela cuando era niño.

Se dio vuelta con la intención de salir al aire libre para sentir la brisa del Atlántico, pero al bajar el picaporte se encontró con que la puerta estaba cerrada con llave. ¿Cómo podía ser? Esa puerta nunca se cerraba. ¿Dónde estaba el cabo de guardia? ¿Dónde estaban todos?

Oyó el ruido de un llavero al agitarse y, al darse vuelta, vio que había alguien más en el puente de mando. Era una mujer mayor, gitana sin duda, que llevaba un vestido rojo y el cabello recogido sobre la cabeza. Sostenía el brazo en alto con un manojo de llaves que colgaba de su dedo meñique.

¿Quién era esa mujer? Algo debía haber ocurrido que él no se había enterado. ¿La guerra habría terminado?

Todo lo que tenía que hacer era tomar esas llaves y salir a averiguarlo.

Avanzó hacia la mujer, pero cuando estuvo a punto de tomar el llavero, ella movió el brazo con presteza y lo escondió a su espalda.

—Siempre hay una segunda oportunidad —dijo la mujer—, excepto en la guerra.

Entonces Isidro entendió. La mujer se esfumó y la luz se tornó en oscuridad.

Y el agua empezó a entrar como un río furioso por los agujeros del Baleares.

Helada, justiciera, implacable.

Florencio Varela, Argentina, 14 de diciembre de 2021